

## CAPITULO V.

### LA CORONACION.

A las cinco de la mañana, despues de dado el toque de alba, se echaron á vuelo las campanas de las cien torres que coronaban el 21 de Junio de 1822 las Iglesias de la gran ciudad de los Moctezumas, y desde ese momento comenzaron á dispararse 24 cañonazos á cada hora con motivo de la gran solemnidad que iba á verificarse, que era nada menos que la coronacion de Agustin I, emperador de México.

Luego que salió el sol se vieron las principales casas adornadas con cortinas, algunos tiestos de flores aquí y allá, todo muy barrido y regado, y las calles de Plateros y San Francisco, frente del portal de Mercaderes y la vuelta por Palacio hasta la Catedral, estaban cubiertas con el toldo usado por los padres para las procesiones del Córpus. La ciudad respiraba cierto

aire de fiesta, péro acercándose mas á carnaval que á otra cosa, porque todos se reían ó se preparaban gozosos como para ver una bonita caricatura. Por supuesto que esas calles, que eran las que iba á recorrer el emperador y su graciosa consorte la soberana, estaban con su correspondiente valla de tropas.

Los emperadores habitaban la casa que llevaba el nombre de Moncada en San Francisco: la Emperatriz, mas ansiosa ó mas inquieta, mandó pasar recado al Emperador suplicándole pasara á su departamento luego que le fuera posible. El emperador no se hizo esperar. No obstante que poco antes habian andado á la greña por las calaveradas del libertador, habían tenido que reconciliarse para presentarse bien delante de la gente.

—No hay nadie? preguntó Iturbide viendo para todos lados al entrar.

—No, contestó la emperatriz.

Entonces Iturbide metiendo la cabeza entre los hombros é hinchando los carrillos, tomó la actitud de quien hace grandes esfuerzos para contener la risa. La emperatriz tambien sintió como cosquillas luego que vió las coronas y los mantos que estaban sobre un mueble; pero se puso un dedo en los labios, diciéndole:

—¡Chist! no vayan á oirnos las damas de la corte.

Entonces Iturbide ya no pudo contenerse y se echó á reir.

—Tú dirás..... nos hemos salido con la nuestra..... ya somos emperadores..... hoy va á ser la consagración..... ¡que gracial



Y se echó sobre una cama, tapándose la boca con un pañuelo para que no se oyeran de lejos sus carcajadas.

La emperatriz, que había hecho poderosos esfuerzos para contener las carcajadas también, logró dominarse y dijo á Iturbide procurando sostener la seriedad:

—Te llamé para que me des otras lecciones de soberana.

—Que voy á saber yo tampoco, si nunca he visto córtés, y aunque me he estado leyendo unos libros que me proporcionó mi amigo el Obispo de Puebla, no he podido sacar de ellos nada en limpio. En fin, allá veremos, allá nos dirán lo que tenemos que hacer y si nos equivocamos, no se ha de notar, porque aquí nadie sabe una jota de estos líos de imperio. Lo que sé es que tenemos que ir muy estirados y que las caudas las debemos portar con garbo como si siempre las hubiéramos usado.

—¿Y qué hacemos con estos príncipes y con estas princesas que nunca las han visto mas gordas?

—Pues nada, les dices que siempre estén á nuestro lado, que saluden cuando nosotros saludemos y que guarden toda formalidad, sin andarse con secretes ni con risitas. Ahora, perdóneme Vuestra Magestad que me retire, (*aquí Iturbide lanzó otra carcajada*) porque mi corte me está esperando.

—Vaya con Dios Su Magestad Imperial, contestó la emperatriz haciendo una reverencia profunda al estilo de campesina y soltó otra carcajada que hizo volver á Iturbide y decir despues de reirse á sus anchas:

—Que chistosos estamos!

Y se fué limpiándose los ojos que se le habían llenado de lágrimas siempre de pura risa.

Tenemos que extractar en seguida la relación que hace Alaman de estas ceremonias, por ser sumamente curiosa:

El congreso se reunió á las ocho de la mañana en su salon de sesiones y de allí se desprendió procesionalmente con una escolta, dirigiéndose á la Catedral, ocupando el correspondiente sitio: dos comisiones, compuestas cada una de 24 diputados, incluso un secretario, las que fueron nombradas para ir por los emperadores, respectivamente, presidiendo la primera el general Andrade y la segunda Cañedo, mayorazgo de Guadalajara. Salió Iturbide de su palacio á las 9 de la mañana vestido con el uniforme de coronel del regimiento de Celaya y una media hora despues la emperatriz cuando ya estaba arreglada la comitiva, que llevó el orden siguiente: rompía la marcha un escuadrón de caballería, tras del cual iba un piquete de infantería llevando en su centro suspendido de una lanza el escudo de armas del imperio, y á sus lados dos lábaros ó banderas imperiales con una cruz roja en campo blanco: seguían las corporaciones ó sus diputaciones en el siguiente orden: las parcialidades de indios de San Juan y Santiago con su música y cañas de carrizo compuestas; las religiones con los frailes de los conventos; los curas párrocos de la ciudad y de los pueblos; los tribunales y el Protomedicato; la Universidad; el Ayuntamiento y sus mazas; los colegios, oficinas y personas de distincion; la diputacion provincial y la Audiencia; el Consejo de Estado y el Cuerpo Diplomático que se com-

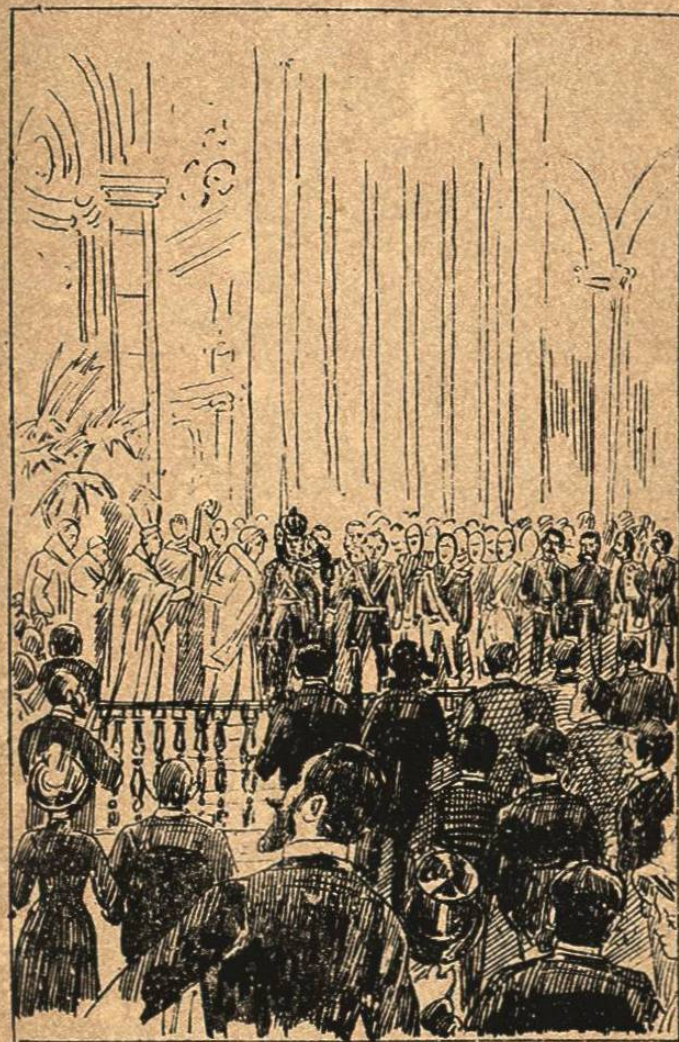


ponia solo del ministro de Colombia. Los caballeros de la Orden de Guadalupe iban en donde quiera porque todavía no tenían capas é insignias. Entraban á continuación los ugieres, reyes de armas, pajes y el maestro de ceremonias con sus ayudantes, todos estos vestidos en la guardaropía del teatro por falta de dinero ó porque nadie sabía como habían de vestirse.

El acompañamiento de la emperatriz se componía de tres generales que llevaban sobre cojines la corona, el anillo y la canastilla con el manto teniendo cada general dos oficiales de alta graduación á su lado, la comisión del congreso, yendo en el centro la emperatriz con las princesas sus hijas y una docena y media de damas ó doncellas de honor. Con alguna separación seguía la comitiva particular del emperador con cuatro de los generales mas distinguidos que llevaban las insignias que habían de servir para la coronación, que eran las mismas que para la emperatriz y además el cetro, igualmente con dos oficiales á derecha é izquierda: en el centro de la comisión del congreso iba el emperador con su señor padre y el príncipe imperial. Tras del emperador el capitán de sus guardias, el mayordomo, el limosnero mayor, el capellán y el médico de cámara, los caballerizos, los veterinarios, los cocineros, los edecanes, los ministros y generales de alta graduación, cerrando la marcha una escolta vestida de amarillo y los coches de palacio.

A la puerta de la Catedral esperaban dos obispos, los cuales dieron agua bendita á los soberanos, dirigiéndose éstos bajo de palio á un pequeño trono, acompañados de los mismos prelados y el cabildo eclesiás-

## LEYENDAS HISTORICAS



No se le vaya á caer á V. M.



tico. El obispo de Guadalajara era el consagrante, y los de Puebla, Oaxaca y Durango estaban en el presbiterio vestidos de pontifical: los generales que conducían las insignias las colocaron sobre el altar y empezada la misa el emperador y la emperatriz se arrodillaron en las gradas del mismo y el obispo consagrante se acercó á ellos y les hizo la unción en el brazo derecho, entre el codo y la mano, teniendo que irse luego al pabellon para que los canónigos les enjugasen el crisma. Despues de esa ceremonia y de bendicirse las insignias imperiales, el presidente del congreso, Mangino, colocó la corona en la cabeza del emperador, diciéndole por lo bajo en tono de guasa:

—No se le vaya á caer á V. M.

A lo que es fama que Iturbide contestó:

—Yo haré porque no se me caiga.

El emperador coronó luego á la emperatriz y mientras que á ésta la vestian y le ponian las demás insignias sus damas, hacian lo mismo con aquel sus generales, debiendo ya suponerse los gestos que harían.

Trasladáronse entonces al trono grande, guiados por el maestro de ceremonias y al terminar el obispo celebrante los rezos, se dirigió á la concurrencia diciendo en alta voz:

—Vivat Imperator in æternum.

Y contestaron los presentes sin alzar mucho la voz para no hacer escándalo en la iglesia:

—Vivan el emperador y la emperatriz.

El obispo de Puebla ocupó el púlpito y predicó un



sermon que censura acremente Alaman por la volubilidad de sus principios y la inconsecuencia de sus opiniones, pues en él sostuvo todo lo contrario de lo que antes habia sostenido.

Despues del sermon bajaron del trono SS. MM. se dirigieron al altar con mantos y coronas, acompañadas de las personas de su servicio en orden procesional y presentaron las ofrendas que llevaban cinco diputados, las que consistian en dos cirios con trece monedas de oro y trece de plata, dos panes tambien de los dos metales y un cáliz, despues de lo cual vueltos á sus tronos, el jefe de los reyes de armas dió á gritos el siguiente pregon:

—El muy piadoso y muy augusto emperador constitucional primero de los mexicanos, Agustín, está coronado y entronizado, ¡viva el emperador!

Iturbide dió de codo á la emperatriz por no haberle gustado lo de Agustín y lo de entronizado, lo primero porque parecia una familiaridad, y lo segundo un insulto; pero la dama le contestó con unción señalándole á la concurrencia:

• —Atienda S. M. I.

Al tiempo que el público gritaba con voces apagadas:

• ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!

Los repiques y salvas de artillería anunciaron al pueblo esta proclamacion que otro rey de armas repitió en el tablado de la Catedral, tirándose monedas de plata con la efigie ya del emperador, obsequio que hizo á los vasallos prorrumpir en aplausos.

El Ministro de Estado dió fé del acto y suscribieron el acta los príncipes, los individuos que formaban la mesa del Congreso, los demás ministros, los obispos, los generales y otros concurrentes de elevada gerarquía.

Los soberanos volvieron con sus comitiva y bajo palio al Palacio imperial en donde recibieron las felicitaciones de las autoridades y corporaciones que contestó el emperador reiterando sus protestas de cumplir los juramentos que habia hecho de encaminar sus esfuerzos á proteger la religion, á conservar la independencia y á hacer la felicidad del imperio. Se presentó en seguida en el balcon principal frente á la plaza con la emperatriz y los príncipes, arrojando monedas al pueblo, el cual aplaudió ese rasgo de generosidad de la familia reinante.

Las fiestas continuaron por dos días más, presentándose la familia imperial en teatros y paseos para recibir aplausos de la muchedumbre, que bien á bien no estaba muy enterada de lo que aplaudia.

El coronel Santa Anna habia sido condecorado con la cruz de número de la orden de Guadalupe y en tal concepto, se consideró con derecho para concurrir á la coronacion de Iturbide, así como á la inauguración de la orden y pidió licencia al Capitan general de quien dependia, que se la concedió muy limitada en razon de la actitud amenazante que conservaba el general Dávila en el fuerte de San Juan de Ulúa.

Llegó, pues, á México en donde tenia sus relaciones y desde luego se orientó sobre la manera en que

102000.2855



debía concurrir á la ceremonia aconsejándose de Bustamante que había sido unos días su secretario frente á Veracruz.

—Vaya vd. con su traje de gala de coronel, le contestó Bustamante, pues la farsa esa de la orden todavía no se toma con formalidad, porque no hay capas ni sombreros anchos emplumados y por otros motivos.

No oyó con buenos oídos Santa Anna aquellas pullas lanzadas contra la respetable orden de que era miembro, aunque sí le agradaron los epigramas que no dejó de decir el diputado contra la coronación, porque lo devoraba la envidia que sentía contra la buena fortuna que le estaba soplando al generalísimo, á quien *in petto* llamaba con todas sus letras: *un aventurero*.

—¿De manera que no hay sitio en la comitiva para los guadalupanos?

—Segun sé, irán diseminados en las clases á que correspondan, de modo que á vd. señor D. Antonio le tocará ir entre los oficiales sueltos.

En esa virtud Santa Anna se presentó al general Quintanar para que se sirviera admitirle entre los oficiales superiores de su séquito.

Así fué como concurrió á la ceremonia de la coronación, y aunque le tocó estar un poco lejos porque había presentes cosa de unos trescientos que se consideraban de mayor distinción que un simple coronel de cuerpo, todo lo estuvo devorando con miradas ar-

dientes y puede agregarse que también rencorosas pues todo aquello le causaba, sin poderse dar mucha cuenta de ello, una angustia mortal.—Y sin embargo, murmuraba entre sí: yo he aplaudido en mi proclama y en mi carta y lo he aplaudido con excesivo entusiasmo que se le hubiera proclamado emperador..... habrá sido pues un imbécil?

Después de la ceremonia fué también á Palacio entre los militares á felicitar al nuevo soberano; pero como eran tantos los felicitantes y había algunos vestidos tan elegantemente, casi pasó inadvertido entre la multitud. Cuando le tocó su turno de besar la mano á Iturbide creyó que éste lo reconocería y le dirigiría algunas palabras amables; pero ¡nada! le tendió la mano con desenfado como á los otros y siguió conversando con los ministros, sin que tampoco ninguno de éstos le dijera: ¡este es el coronel Santa Anna!

Fuerza es decir que salió del Palacio muy poco satisfecho y aun despechado. ¿Acaso era, pues, tan insignificante que nadie se fijaba en su persona, no obstante haber tenido el mando de una provincia, y haber asaltado la plaza de Veracruz durante la revolución?

Tenía aún á su disposición todo el día siguiente, que podía pasarlo en México, alcanzándole bien el tiempo para llegar á Jalapa.

—Mañana tal vez me recibirá S. M., murmuró.

Y al siguiente día se presentó en Palacio, pero S. M. estaba rodeado de los obispos y de otras gentes de distinción y ni siquiera logró ser recibido por la



emperatriz ni por ningún ministro, porque todos estaban ocupados.

—¡Canario! exclamó al salir, he venido en mal tiempo á hacerme presente. ¡Lástima de las molestias que me he tomado en todo este viaje para ver mogigangas!

Y ya no pensó sino en regresar á sus terrenos, en donde por la buena ó por la mala se hacía pasar por la primera persona. Por supuesto que á nadie le pondría en el secreto de su fracaso.

Cuando iba en camino, la indignación lo dominaba por completo y á cada momento se hacia esta exclamación interior:

—¡Este Sr. de Iturbide tiene que pagármela!

## CAPITULO VI.

### SANTA ANNA INTRIGANTE.

En Agosto del mismo año de 1822, el general Luaces que no pudo soportar el clima de Veracruz, mandó que Santa Anna estableciera allí su Comandancia militar, quien se trasladó á dicho puerto con su Regimiento, bajo la recomendacion muy precisa de que no intentara nada contra Dávila mientras no recibiera órdenes y tambien de que morigerara su conducta, porque eran muy repetidas las quejas que se recibian, ya de violencias ejercidas con los particulares, ya de crueldades con sus soldados y ya de vejaciones aun con las mismas mujeres que pasaban por donde estuvieran alojadas sus tropas. A todo lo que no contestó Santa Anna, en primer lugar, porque eran ciertas las acusaciones, y en segundo lugar, porque sabia que aquel jefe iba muy enfermo y con la resolucion de pedir su reemplazo.